


EDICIONES
UCSC

Entre noviembre y marzo: *la palabra en marcha*

Relatos
que evocan
sociedades libres
de violencia de
género





***“Entre noviembre y marzo:
la palabra en marcha”***
*Relatos que evocan sociedades
libres de violencia de género*

ISBN: 978-956-6481-02-7

**Editorial Universidad Católica
de la Santísima Concepción**

**Alonso de Ribera 2850.
Concepción, Chile.
ediciones@ucsc.cl
(56-41)2345022
www.ucsc.cl
ediciones.ucsc.cl**

**Ilustraciones:
María Eugenia Soto Muñoz**

**Diseño y collages:
Llanküray Risso Sepúlveda**

1° Edición Marzo 2026

Introducción

“Entre noviembre y marzo: la palabra en Emarcha” Relatos que evocan sociedades libres de violencia de género es una invitación a reflexionar activamente ante la necesidad de seguir avanzando transversalmente en esta materia, como un imperativo ético. Los datos que se presentan a continuación, son solo muestra de la realidad que habitamos en muchos espacios y que se convierten en testimonio desde la palabra escrita en esta publicación.

Si mencionamos algunos datos, para respaldar esta afirmación se hace necesario hablar de brechas de género. Así, por ejemplo, el Global Gender Gap Report en 2025 señala que el mundo ha cerrado el 68,8% de la brecha. Sin embargo, los avances se observan lentos y las desigualdades persisten en lo económico y la participación laboral, donde la carga de cuidados se presenta como uno de los ámbitos más desafiantes.

Si bien se percibe un avance en la distribución de tareas del hogar, aún se observa lejos de ser equitativa en la mayoría de los contextos. La Organización Internacional del Trabajo estima que 708 millones de mujeres están fuera del mercado laboral por el desarrollo de

responsabilidades de cuidados no remunerados.

En ese mismo ámbito, surge una nueva arista, y es que dentro de este grupo de mujeres se advierte que una buena parte, quienes desarrollan estas labores son niñas. Según el Gender Snapshot 2025, mujeres y niñas dedican 2,5 veces más tiempo diario que los hombres al trabajo doméstico y de cuidados. Lo que indudablemente tiene un impacto en las posibilidades y tiempo de desarrollo de este grupo.

Lo anterior también es posible de cuantificar en materia económica, por un lado, las mujeres desarrollan labores de cuidado no remunerado, por ende, disminuye su ingreso per cápita y en muchos casos constituye violencia económica. Sin embargo, lo paradójico de esto, es que aportan en promedio, con este trabajo al PIB, un 23,9% a nivel global.

En materia de salud, también hay brechas persistentes. Los estudios confirman avances en la inclusión de mujeres en la investigación de oncología y enfermedades autoinmunes, pero persisten déficits en otras como cardiología, neurología y farmacología clínica, lo que tendría

incidencia en los diagnósticos y tratamientos de este mismo grupo. Esto tendría una directa relación con la composición de los equipos de investigación en estas materias, y se observa una mayor precisión en estos ámbitos, cuando los equipos son liderados o tienen mayor representatividad de mujeres. En estas áreas esto aún no es paritario, así como en muchos otros ámbitos disciplinares.

En un ámbito distinto, como es por ejemplo el de las comunicaciones también se observan brechas. Por ejemplo, en materia de liderazgo y presencia de mujeres en medios de comunicación, el informe *Women and Leadership in the News Media 2025*, del Reuters Institute for the Study of Journalism, revela que solo el 24 % de las direcciones editoriales están ocupadas por mujeres, lo que tiene directa relación con los sesgos en la línea editorial de los mismos. En este mismo ámbito el informe *After the Silence (2025)*, de la Asociación de Mujeres Cineastas y de Medios Audiovisuales, indican que las mujeres del sector audiovisual en buena parte de Europa y Norteamérica y América Latina ha sufrido violencia sexual en estos entornos profesionales, evidenciando cómo la desigualdad simbólica se entrelaza con relaciones de poder y silenciamiento. Otra preocupación reciente se advierte desde la Organización de Naciones Unidas, donde se ha puesto énfasis en los entornos digitales, como una amenaza que pretende silenciar las voces

de muchas mujeres, especialmente aquellas con una alta presencia pública y digital en ciertos ámbitos como la política, el periodismo. La débil regulación en este ámbito, y las nuevas y rápidas formas de abuso con IA, donde los movimientos contrarios a la igualdad de género, el anonimato de los agresores y el escaso apoyo a las víctimas digitales se hace presente.

En el plano de la cotidianidad relacional, aparece otra arista- el lenguaje inclusivo-, así la normalización del masculino genérico no se interpreta como inclusivo, lo que afecta la representatividad en el imaginario colectivo, donde aún, en los diferentes contextos se asocian con figuras masculinas o su representación tradicional. Lo que, a su vez se corresponde con la dificultad para asociar a las mujeres a algunos de estos ámbitos de la vida, sin ser cuestionadas por el lugar que ocupan, su estilo de ejercicio, otorgándole muchas veces, distinta validación.

Diversos estudios en ciencia, ingeniería, historia, educación y sociología muestran que las aportaciones de mujeres en sus distintas actividades han sido invisibilizadas, subrepresentadas, o excluidas de los relatos oficiales, limitando modelos de identificación para niñas y jóvenes. El análisis de todos estos datos, solo ratifican la evidencia de violencia género y sesgos de género.

La violencia de género sigue siendo una de las violaciones de los derechos humanos más extendidas y generalizadas del mundo. Según la organización de naciones unidas se calcula que a nivel mundial una de cada tres mujeres ha sido víctimas de violencia física y/o sexual al menos una vez en su vida. Cada diez minutos, una mujer o niña muere a manos de su pareja u otro miembro de la familia.

En Chile entre los avances legislativos relacionados a este ámbito es posible mencionar:

La tipificación del femicidio, reconociéndolo como violencia de género desde el 2010, en un sentido restringido y desde el 2020 con Ley Gabriela (Ley N° 21.212) con un alcance mayor.

La Ley 21.675, Ley integral contra la violencia hacia las mujeres, que considera la prevención, sanción y erradicación de la violencia de género en todas sus formas.

Ley 21.369 para educación superior que regula el acoso sexual, la violencia y la discriminación de género en el ámbito de la educación superior.

Ley Karin, N° 21.643, que busca prevenir, investigar y sancionar el acoso laboral, sexual y la violencia en el trabajo, tanto en el ámbito público como en el privado.

La Ley 21763, que exige que la planificación urbana contemple espacios públicos seguros y accesibles.

Respecto a la violencia económica contra las mujeres, se cuenta con la Ley N° 21.756, sobre abandono de familia y pago de pensiones alimenticias.

Otro esfuerzo concreto es el avance del proyecto que tipifica y sanciona la violencia digital (13.928-07) que fue despachado por la Comisión de Mujer.

El 25N es el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, motivo de las creaciones de esta publicación, es una fecha en que se conmemora para concienciar y luchar contra las múltiples formas de violencia que sufren las mujeres y niñas en todo el mundo.

Cada año con esta conmemoración se busca generar reflexión y promover la acción para prevenir, denunciar y erradicar la violencia de género, que afecta a mujeres de todas las edades y contextos. Es una fecha que no solo se recuerda que la violencia contra las mujeres es aún una realidad, sí no que pone énfasis en las políticas y compromisos para alcanzar la igualdad de género y la erradicación de toda forma de violencia a las mujeres y las niñas. Sabemos que estas prácticas

de violencia van cambiando sus formas de hacerse efectiva y muchas veces menos visibles.

Como vemos, pese a los avances formales en materia de género, la desigualdad sigue presente y se sostiene en la distribución desigual del tiempo, los cuidados, en brechas de representación económica y simbólica, en déficits de liderazgo y en marcos culturales y lingüísticos que reproducen jerarquías de poder y en el caso más extremo el femicidio.

Pese al escenario, también sabemos que en muchos espacios existen diversas formas de aportar a la disminución de las brechas de género descritas. Como institución universitaria, la convocatoria que dio origen a este libro es producto de las reflexiones que surgen desde la docencia, la generación de conocimiento y creación artística y su difusión, como parte de nuestra tarea cotidiana.

Entre noviembre y marzo: la palabra en marcha, es un texto que surge como una iniciativa colectiva al interior de la Universidad Católica de la Santísima Concepción. Esta publicación expresa el compromiso de la casa de estudios, como institución universitaria con la memoria, la justicia de género y la no violencia.

Es el resultado del esfuerzo mancomunados de

diversas direcciones y unidades tales como la Facultad de Educación, Dirección de género, Dirección de biblioteca, y Ediciones UCSC. Quienes se organizaron para dar vida a dos procesos. Primero las convocatorias para la escritura de los relatos con temáticas de género en el marco de las fechas conmemorativas de 25 de noviembre 2024 y 2025 a cargo de la Dirección de Género y la Facultad de Educación respectivamente y el 8 de marzo 2026, y que luego se sistematizaron a través de esta compilación de 35 microrrelatos que reúnen las voces del estudiantado, profesorado, y el funcionariado administrativo y de servicio.

Las múltiples voces que forman parte de esta compilación, nos advierten que existe una necesidad de escribir respecto a la violencia de género, desde los distintos espacios, y que la literatura es un recurso que nos conduce a reflexionar que la tarea no está concluida.

Les invitamos a leer esta primera versión de este libro “Entre noviembre y marzo: la palabra en marcha” Relatos que evocan sociedades libres de violencia de género.

Dra. Andrea Garrido Rivera.
Facultad de Educación.

Reseñas

Esta es una obra de valor formativo, social y cultural. Este libro de microcuentos articula diversas voces narrativas que abordan la problemática de la violencia de género desde múltiples enfoques —emocionales, históricos, comunitarios y educativos— contribuyendo a la construcción de una conciencia crítica en torno a las desigualdades estructurales que atraviesan nuestras sociedades.

La obra destaca por su capacidad de transformar experiencias complejas en relatos accesibles y reflexivos, promoviendo la empatía, el cuestionamiento de estereotipos y el fortalecimiento de una cultura de respeto e igualdad. Cada microcuento funciona no solo como pieza literaria independiente, sino también como recurso pedagógico que invita al diálogo interdisciplinario en ámbitos como estudios de género, sociología, educación y psicología.

Desde el enfoque de la biblioteca académica, este libro se considera un material pertinente para:

- Fortalecer la alfabetización crítica, permitiendo analizar discursos, representaciones y narrativas en torno al género.
- Promover la investigación y el debate académico, al ofrecer casos y situaciones que pueden ser abordados desde distintas metodologías.
- Respalda programas institucionales de prevención y sensibilización frente a la violencia de género.

La narrativa, diversa en estilos y contextos, ofrece representaciones que visibilizan tanto las manifestaciones explícitas como las formas sutiles de violencia, así como también las estrategias de solidaridad y transformación social. En este sentido, la obra no se limita a denunciar, sino que propone imaginarios posibles de sociedades más justas y libres de violencia.

En conclusión, *Relatos que evocan sociedades libres de violencia de género*, constituye un aporte significativo al acervo bibliográfico orientado a la formación de estudiantes con una

actitud crítica y comprometida. Su incorporación en colecciones académicas fortalece el compromiso institucional con la equidad de género y la promoción de entornos educativos seguros, inclusivos y respetuosos.

Dirección de Bibliotecas UCSC

Este libro abre un espacio necesario y pertinente en nuestra universidad para visibilizar una problemática que atraviesa épocas, clases y edades. La violencia de género está tan instalada en nuestra sociedad, que por mucho tiempo fue normalizada, en ocasiones, cometiendo la injusticia de culpar a sus víctimas, o justificar a los victimarios.

Las políticas de género que se han desarrollado en nuestro país desde la década del noventa han contribuido a poner en el tema en la agenda nacional, por lo que, en su gran mayoría, las nuevas generaciones pueden identificar como un problema y un delito, situaciones que sus abuelos y abuelas normalizaron en su época.

Los relatos que me correspondió leer y evaluar, comunican un universo posible, como lo es la literatura, pero tristemente reconocible en plazas,

calles, micros, hogares; en el espacio privado y en el espacio público; sin embargo, me comunican esperanza, porque veo personajes y, a través de ellos, autores y autoras, que resisten, que visibilizan, que se atreven a poner en palabras la fragilidad de la existencia, la vulnerabilidad y el dolor.

Instancias como esta deberían, pienso yo, volverse costumbre, pues contribuyen a construir comunidades saludables. Cuando la literatura se vuelve un medio que devela nuestros dolores, conformamos un diálogo entre un yo que se muestra con valentía y un/a otro/a que puede reflejarse en la experiencia. Muchas veces la literatura comunica el mensaje “no estás solo/a”. Creo que este es el caso de los relatos del presente volumen.

Yenny Ariz Castillo, Académica Departamento Ciencias del Lenguaje y Literatura. Facultad de Educación. UCSC (Jurado)

Este libro reúne una selección de microcuentos que constituyen actos de palabra y de memoria. En ellos, distintas voces narran experiencias atravesadas por la conciencia género, el cuidado, la violencia, la resistencia y la búsqueda de

dignidad, desde registros literarios íntimos, simbólicos y poéticos. Los relatos contienen vivencias que interpelan, emocionan y convocan a la reflexión colectiva, revelando cómo la representación de lo personal, del espacio íntimo, es también un territorio de lucha. Al nombrar lo silenciado, estas escrituras trascienden el ámbito de la mera denuncia para instalarse como actos reflexivos y sanadores. La palabra visibiliza lo oculto y reafirma la vida como el valor más alto. La lectura de estos breves trabajos promueve el respeto, la empatía, la igualdad y la defensa de los derechos humanos, proyectando una comunidad universitaria más consciente y comprometida. Este libro reafirma el rol de la universidad como espacio de reflexión ética y transformación social. Con esta iniciativa, la Universidad Católica de la Santísima Concepción busca articular creación, reflexión y compromiso, entendiendo la escritura como una herramienta pedagógica y simbólica para avanzar hacia una sociedad más justa.

Dr. Gerson Mora Cid (Jurado)

Soñar no es un gesto ingenuo. En contextos atravesados por la violencia, soñar es un acto urgente y necesario. Imaginar una sociedad libre de violencias de género implica atreverse a

cuestionar aquello que, durante mucho tiempo, se ha presentado como normal, inevitable o privado. Implica nombrar lo que duele, visibilizar lo que ha sido silenciado y abrir caminos hacia otras formas posibles de convivir, relacionarnos y cuidarnos entre todas y todos.

Este libro nace de esa necesidad. De la convicción de que la palabra no solo describe la realidad, sino que también tiene la capacidad de transformarla. Los microcuentos que aquí se reúnen surgen desde voces diversas —estudiantes, académicas, funcionarias y funcionarios— que, a través de la escritura, dan forma a experiencias marcadas por el miedo, la desigualdad, el control, el silencio y la pérdida, pero también por la entereza, la solidaridad, la esperanza y el deseo profundo de cambio.

Cada relato es una puerta abierta. Algunas conducen a memorias dolorosas que evidencian cómo la violencia de género se cuela en la vida cotidiana, en los vínculos afectivos y en los espacios educativos y laborales. Otras abren paso a la posibilidad de romper ciclos, de alzar la voz, de acompañar y de sanar colectivamente.

En su conjunto, estos textos nos recuerdan que la violencia de género no es un problema individual ni aislado, sino una realidad

estructural que atraviesa historias personales y generaciones completas; y que, del mismo modo, su erradicación solo es posible como una construcción colectiva, sostenida y consciente.

En el marco del 25 de noviembre, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres del año 2024, se realizó el llamado a participar del concurso “Relatos que evocan sociedades libres de violencia de género” que hoy forma parte de la materialización de este libro, el cual se inscribe como un ejercicio de memoria y de responsabilidad ética. Memoria para no olvidar a quienes han sido silenciadas, dañadas o arrebatadas. Responsabilidad para seguir promoviendo el respeto irrestricto a la dignidad humana y avanzar hacia comunidades donde el cuidado, la justicia y el buen trato sean principios fundamentales de la convivencia.

La Dirección de Género, al impulsar este concurso, reafirma su compromiso con una formación integral que reconoce a las personas en toda su dignidad y complejidad. Desde una perspectiva universitaria, la escritura se convierte aquí en una herramienta formativa y transformadora; un espacio para reflexionar

críticamente, sensibilizar, educar y contribuir al bien común. Porque narrar también es una forma de acompañar, de reparar y de construir sentido colectivo.

Que este libro sea leído como una invitación: a escuchar con atención, a dejarnos interpelar, a incomodarnos cuando sea necesario y a revisar nuestras propias prácticas, creencias y responsabilidades. En el contexto universitario, estas páginas nos recuerdan que educar no es solo transmitir conocimientos disciplinares, sino también formar personas integrales, comprometidas con los derechos humanos, la equidad, el respeto y la vida libre de violencias.

Soñar una sociedad libre de violencias de género es parte de la tarea formativa que asumimos como comunidad universitaria. Leer, escribir y reflexionar a partir de estos relatos es también un acto de compromiso con ese horizonte compartido: el de una sociedad más justa, solidaria y profundamente humana, orientada al bien común

Dirección de Género, Universidad Católica de la Santísima Concepción



**Escribir
para sanar**



CUENTO GANADOR

"Querida Alicia"

Benjamín Gaete, Estudiante Pedagogía en Educación Media en Inglés

Han pasado ya más de diez años desde que te fuiste. Los tiempos han cambiado desde entonces. A tu jardín le costó volver a brotar; hasta la última manzanilla se marchitó, y tus ciruelos se han negado a darnos fruto. Tus abejas volaron sin rumbo, desorientadas, buscando el camino en el cielo donde estás tú. Creo que todos te extrañamos aún.

A veces me pregunto por qué te llamabas Alicia, si no viviste en un país de maravillas, sino de realidades. Una realidad donde te obligaron a casarte con alguien que no amabas, donde fuiste juzgada por realizar el trabajo que "le corresponde" al hombre de la casa; una realidad en la que la mujer perdía valor con cada año que pasaba, una realidad que te rompía el corazón solo por llevar el pelo corto y no usar maquillaje. Pero ¿sabes? Hoy ya no es tan así. La vecina de enfrente decidió no casarse y viajar por el país con su propio emprendimiento. Mi mamá decidió terminar sus estudios para trabajar en lo que siempre soñó. Una de mis compañeras de trabajo está por cumplir setenta años y sigue siendo valorada por su aporte y dedicación en la empresa. La hija de la vecina decidió usar el pelo corto, igual que tú, porque así no le molesta cuando juega fútbol. Sé que te hubiera encantado ver todo esto con tus propios ojos.

El tiempo pasa cada vez más rápido, y cómo me gustaría tenerte aquí una vez más, para mostrarte este nuevo mundo, esta nueva sociedad que estamos construyendo. La gente se está educando, gracias a todas las que han alzado y siguen alzando sus voces. No te digo que sea perfecto; aún estamos en el proceso.

Quiero que tu historia siga contándose para continuar inspirando, que tu rostro aparezca en algún museo de arte y que tu nombre se convierta en el de alguna piedra preciosa, porque tu gracia se parecía a la de una Mujer valiente, que hacía que el día pareciera de veintiocho horas; mujer fuerte, que cargaba sus canastas llenas de cosas para hacer el pan de cada día; mujer talentosa, que, con la suavidad de sus manos, hacía que toda receta de un chef profesional se quedara pequeña; mujer amable y de corazón puro. Aunque quebraron tu espíritu, eras capaz de surgir de las cenizas como el fénix. Mujer, mujer Alicia.



"Te ama y te extraña tu nieto"

Constanza Sanzana, Estudiante Instituto Tecnológico

Había una vez en un pueblo, los habitantes habían creado una comunidad ejemplar, donde la dignidad de cada persona era el centro de todas sus acciones. Todo comenzó cuando un grupo de jóvenes, cansados de las injusticias y los abusos, decidió tomar acción para cambiar la realidad de su entorno. Soñaban con un lugar libre de violencia de género, donde cada individuo fuera tratado con respeto y dignidad, sin importar su género u orientación.

Estos jóvenes, inspirados por valores de justicia e inclusión, comenzaron a reunir a personas de todas las edades para discutir cómo querían vivir. Establecieron como principio que en su pueblo no habría lugar para el abuso ni la discriminación. Los líderes del pueblo escucharon sus ideas y apoyaron sus propuestas, comprometidos en fomentar un ambiente donde cada persona pudiera sentirse segura y respetada.

Para alcanzar este ideal, la comunidad adoptó diversas prácticas que fortalecían los lazos entre sus miembros. Se crearon talleres en los que hombres y mujeres compartían sus experiencias y se educaban mutuamente sobre la importancia de reconocer y respetar las diferencias. Estos talleres promovían la empatía y enseñaban a identificar y erradicar actitudes violentas.

En el pueblo, las escuelas también jugaron un papel fundamental. Los maestros implementaron programas de educación emocional, donde los niños aprendían desde pequeños sobre el respeto mutuo y la resolución pacífica de conflictos. A través de actividades creativas, los estudiantes comprendían el valor de la igualdad y aprendían a expresar sus emociones de manera saludable. Los jóvenes se convertían en agentes de cambio, recordando a sus familias y amigos la importancia de una comunicación respetuosa.

Con el tiempo, estas iniciativas transformaron completamente la convivencia en el pueblo. No solo se erradicó la violencia de género, sino que también florecieron relaciones saludables y de apoyo mutuo. Las personas comenzaron a expresar sus opiniones sin miedo, sabiendo que serían escuchadas y valoradas. Además, se implementaron políticas de igualdad en el trabajo, asegurando que tanto hombres como mujeres tuvieran las mismas oportunidades y recibieran un trato justo.

Uno de los habitantes más antiguos, don Manuel, observaba estos cambios con alegría y emoción. Recordaba cómo en su juventud había sido común que las mujeres no pudieran expresar sus opiniones y cómo muchas personas sufrían en silencio debido a los prejuicios y la violencia. Ahora, veía con orgullo cómo las nuevas generaciones habían producido este cambio en un lugar donde todos se trataban como iguales.

Una noche, en la plaza central del pueblo, se organizó una celebración. Hombres y mujeres de todas las edades bailaban y cantaban juntos. En medio de la música y la alegría, se recordó una promesa: seguir trabajando para que ninguna persona, en ningún lugar, volviera a sufrir a causa de su género o cualquier otra diferencia.



CUENTO GANADOR

"Un sueño de Libertad"

Martina Mella, Estudiante Derecho

Una noche deje de usar las llaves en los nudillos. No envié un "llegué bien" a mi amiga, ni mi ubicación en tiempo real. Me atreví a salir con falda, sin miedo al anochecer. Ya no sentía temor ni ansiedad en cada esquina que recorría, no avisé que ropa llevaba "por si no volvía a casa". Dejé de apresurar el paso cuando alguien caminaba cerca, no planeé rutas de escape o qué gritar en caso de peligro. Finalmente, todo estaba en paz.

Pero entonces, desperté.

El sueño se desvaneció lentamente, llevando esa calma con él, y ahí, en mi cama, sequé mis lágrimas. Me repetí una vez más: "No fue tu culpa. Yo te creo".



"Espejo"

Oskar Pardo, Estudiante Instituto Tecnológico

María observaba su reflejo cada mañana, pero hoy era diferente. En el espejo no solo veía su rostro, sino los rostros de todas las mujeres que la precedieron: su madre, su abuela, sus tías. Cada una había cargado su propia historia de silencios.

"Ya no más", susurró, mientras recordaba la última vez que su compañera de trabajo llegó con lentes oscuros en pleno invierno. El mismo día que decidió crear el grupo de apoyo en la universidad.

Ahora, seis meses después, se reunían cada jueves. Eran doce mujeres compartiendo experiencias, construyendo redes, transformando el miedo en fortaleza. No solo hablaban de dolor; también de sueños, de logros, de futuros brillantes.

El espejo ya no mostraba silencios. Reflejaba voces que se alzaban, manos que se entrelazaban, historias que se reescribían. María sonrió. En su reflejo vio a la próxima generación: su sobrina, las hijas de sus amigas, todas las niñas que crecerían sabiendo que merecían respeto, amor y libertad.

Porque la verdadera transformación comienza cuando nos atrevemos a mirar nuestro reflejo y decidimos cambiar la historia.

"Celular"

Benjamín Suazo, Estudiante Pedagogía en Matemáticas

Siendo un día agotador, lleno de descargas, llamadas y trabajo, es hora de irme a descansar donde pueda ver todo. Las llamadas que recibí hoy son de un hombre con aparente voz de querer hacer algo con mi dueña, siempre que llama ella me aleja, me tira contra la pared y se quiebra y cada vez más me quiebro yo, mi cara está trizada de tanto malestar de quien me sostiene en una mano que cada vez que marca ese teléfono, tiembla. Estoy cansado de tener que recibir llamadas todos los días, sobre todo cuando llaman mucho, ¿tanto pido? Solo quiero paz y tranquilidad, no quiero tener que pasar más noches en el suelo de donde me dejan.

Al tener que estar yendo de un lado a otro, a veces enfoco mi vista a un hombre extraño, su cara me es familiar, como si estuviera guardada en mi memoria. Es un rostro que ha estado cerca de mí, donde cada vez que parpadeaba, parecía que la tormenta fuera el fin de una era, pero no logro recordar todo. Sé que mi fin está cerca, cada vez que llamo al 133 siento un destello de esperanza al final del túnel, donde ya cada vez que me sostengan no tiemble, aunque sea breve.

Al día de hoy, solo y ahora, presencio cómo las manos que me tocaban, están rojas, la oreja que es donde me apoyan, lo acompañan manchas moradas y negras, y a la vez soy la fuente de denuncias más grande del mundo, soy un medio para pedir ayuda, pero nunca puedo hablar por mí mismo, estoy condenado a callar, lástima de que quien me sostenía, me dejó caer para siempre, en un suelo donde vi por última vez, la luz apagada y tenebrosa de aquel que sigue en mi memoria.

"Círculo de Luz"

Sebastián Cuevas, Estudiante Instituto Tecnológico

Clara creció en un hogar donde el silencio era ley. Las palabras se reducían a susurros y las miradas evitaban confrontarse con el miedo. Su madre siempre tuvo los ojos tristes, y Clara aprendió a leer en ellos un dolor profundo, que se reflejaba como una sombra en cada rincón de la casa.

Cuando ingresó a la universidad, Clara encontró un espacio distinto: amigas que no temían expresar su voz, compañeros que mostraban respeto sin doblez. Fue allí, en una charla sobre violencia de género, donde entendió que sus silencios no eran normales, que la dignidad se vive en libertad, y que su madre, y muchas como ella, merecían una vida libre de sombras.

Una noche, decidió hablar con su madre. La rodeó de palabras cálidas y le tendió la mano.

"No estás sola", le dijo. Con el tiempo, su madre aceptó apoyo y juntas lograron construir una vida nueva. En ese círculo de luz, el silencio ya no tenía cabida. Clara entendió entonces que una sociedad sin violencia de género no se construye en el vacío, si no en la unión de voces que, como la suya, se atreven a romper el ciclo.

"Cuando quieras salir me avisas"

Juan Pablo Peña, Estudiante Educación Media en Inglés

Me juró suplicando que no me pusiera a llorar, que no iba a pasar otra vez. Que era el enojo y el mal día, y que igual se había sentido mal de que le levantara la voz.

Al menos nunca me ha pegado, pensé. Tengo una amiga a la que su pareja le rompió el labio. A mí nunca me pusieron un dedo encima, nunca. Al o mucho me ha agarrado la muñeca con fuerza.

¿Y por qué estoy encerrada en el baño, entonces? ¿Por qué es tanta, pero tanta la angustia? No tengo a quien llamar sin quedar en vergüenza; decirle de nuevo a mi mamá que me equivoqué, que estos 3 años se van a la basura, que no era una buena persona, y que iba a tener que darme otro tiempo para mí sola. El imaginarme su cara de decepción, creyendo saber que estaba en lo correcto hace que se me revuelva el estómago.

Cómo le explico a mis amigos que también tenían razón; que le gustaba dejarme en ridículo y que eso no era buena señal. Dios, cómo le digo a cualquier persona sabiendo que luego va a saber otra persona, y otra más, y muchas más ...

No logro seguir pensando; está tocando la puerta.

Preferiría que me gritara de frente a tener que estar aquí escondida. Y aun así no me atrevo a salir. Qué raro, si jamás me ha puesto un dedo encima.

Trato de calmarme, pero la angustia me está ahogando. Quiero dejar de llorar porque tampoco quiero que le baje la culpa o que se preocupe demasiado. Si sigo así además voy a terminar haciéndome heridas donde me estoy enterrando las uñas.

"Ya oh, te dejo tranquila, para que te sientas mejor".

Me muestra consideración; me alegra saber que se arrepiente. Es normal; nunca me ha puesto un dedo encima, aunque todavía me da miedo abrir la puerta.

"Cuando quieras salir me avisas", me dice, aunque no le contesto. No sé si puedo permitirme seguir diciendo que sé quién es.

"El Espejo"

Karen Pinto, Estudiante Postítulo

Mario estaba furioso, miraba por la ventana inquieto, mientras esperaba a Noemí. Ella era su esposa hace dos años, se habían enamorado en la universidad cuando cursaban el último año de sus carreras. Siempre se habían llevado bastante bien, pero hace un año las cosas habían cambiado drásticamente. Ya no solían hacer cosas divertidas y, además, Mario ya no sonreía como antes, siempre estaba de mal humor y casi nunca prestaba atención a Noemí, sólo le dirigía la palabra para temas domésticos o para hacerle críticas sobre la mayoría de las cosas.

Noemí, quien estaba en su dormitorio, frente a su gran espejo, se esmeraba para verse linda y lucir radiante. A pesar de que sólo tenía 27 años, se sentía vieja y cansada, esto se debía a que estaba viviendo bajo mucho estrés, ya que había perdido su empleo y no conseguía que la llamaran en meses. Había subido de peso, a causa de la ansiedad y aparte de eso, todo el mundo le preguntaba cuándo quedaría embarazada. Ella no quería tener hijos ahora, sólo quería consolidarse como profesional y quería a ayudar en los gastos del hogar. Se disponía a colocarse labial, cuando su marido le gritó:

¡Noemí, si no estás lista, me iré solo! ¿Puedes apurarte por favor? ¡Llegaremos tarde!

Ya voy Mario, sólo me falta pintarme los labios...

En ese momento, Mario entró como un relámpago en la habitación:

¿Se puede saber por qué te has puesto esa falda tan corta?

Los ojos de Mario parecían salirse de sus cuencas.

Mario, yo ...

Es enserio, Noemí, ya no eres una colegiala. Quiero que te vistas como una mujer decente, no como una cualquiera. ¿Crees que mis amigos no hablarán mal de ti y de mí? ¡No tienes vergüenza, ya me tienes hartos! ¡Mira cuánto maquillaje te pusiste!

Es que yo no estoy para esto... ¡Me avergüenzas, además esa blusa apenas te entra con lo gorda que estás!

Mario, no te permito...

¿No me permites qué? ¿Qué le diga a mi esposa como debe vestirse? La verdad es que siempre has sido una coqueta y te gusta acaparar miradas. Pero de verdad ahora te pasaste de la raya, ¡no sólo te verán, además se reirán de ti!

En ese momento Mario se retiró de la habitación dando un portazo. Noemí se miró al espejo y comprendió lo que sucedía. No era la falda el problema, no era su gordura, no era su cesantía, no eran muchas cosas. Sólo algo no estaba bien y era que había dejado de amarse a sí misma.

Mientras oía como Mario, encendió su auto móvil, para dejarla nuevamente sola. Ella se quitó su argolla de casada. Hizo su maleta, guardó todo lo necesario para estar mucho tiempo fuera. Tomó su teléfono para hacer una llamada:

Aló, mamá ...si soy yo. Prepara mi cuarto vuelvo a casa. Si ya te contaré los detalles ...yo también te amo, mamá.

"Feliz tú"

Tomás Sánchez, Estudiante Postítulo

Se levantó como a las 05:30 a.m. Después de ducharse, se vistió en silencio para no molestar a su esposo. Se dirigió a la cocina y preparó el desayuno para él y para sus hijos. Una vez que él bajó a desayunar, ella fue a vestir a los niños para ir a la escuela. Después de darles desayuno, los fue a dejar al colegio. De vuelta, empezó con el aseo del dormitorio, los baños y el living-comedor.

A eso de las 10:30, echó las primeras cargas de ropa y empezó a preparar el almuerzo. Mientras se terminaban de cocer los alimentos, llevó la ropa al patio para tender lo lavado. Cuando le dieron las 13:30, dejó de zurcir y pegar botones, y se apresuró para retirar a los niños del colegio. De vuelta en la casa, les dio el almuerzo. Una vez que terminaron de almorzar, los niños se fueron a su pieza y ella aprovechó de ordenar la cocina y preparar el comedor para que los chicos hicieran su tarea.

La tarde se le fue rápido supervisando las guías, tomando lecciones y archivando hojas. Una vez que finalizó el horario de estudio, les preparó la once y después aprovechó de jugar con ellos, hasta que llegó la hora del baño. Estaba acabando el secado de pelo cuando escuchó llegar a su marido. Acostó a sus hijos y bajó presurosa a servirle la cena.

Mientras el hombre comía, subió a secar el baño de los niños y pasó a leerles un cuento para sellar las buenas noches. Concluida la comida el marido encendió la televisión, mientras ella planchaba la ropa que la familia iba a ocupar al otro día. Una vez que terminó el planchado, se allegó a él para saber cómo le había ido. Este respondió con un rezongo y como vio que ella se acomodaba en el sofá, el esposo le dirigió la frase más amable del día:

- Feliz, tú, que mañana no tienes que ir a trabajar.

"La Caja Abierta en Concepción"

Raúl Aguilera-Eguía, Jefe Departamento de Salud Pública, Facultad de Medicina

Durante siglos, una caja había permanecido cerrada en la Plaza de la Independencia, en el corazón de Concepción. Los antiguos decían que en su interior yacían todos los males del mundo, pero también la esperanza. Por temor a desatar sufrimientos mayores, nadie se atrevía a abrirla. Sin embargo, fuera de la caja, la violencia persistía: desigualdad, abuso y silencios que pesaban como cadenas invisibles.

Un día, Alba, una estudiante de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, decidió enfrentar aquello que todos evitaban. "Es hora de abrir la caja y descubrir lo que realmente contiene", se dijo mientras el viento del río Biobío agitaba sus pensamientos. Con el corazón latiendo fuerte, giró la llave oxidada. La tapa se abrió con un crujido largo, y de la caja emergió un viento oscuro que se dispersó rápidamente. Con él, surgieron gritos de injusticia, palabras de odio y las cicatrices de violencias silenciadas.

Los males se esparcieron por la ciudad como si siempre hubieran estado allí, en cada calle, en cada susurro no dicho. Pero Alba no retrocedió. Al fondo de la caja, algo más brillaba tenuemente: una pequeña luz dorada, que palpitaba con suavidad. Alba la tomó entre sus manos y sintió su calidez. Era la esperanza, no como un mero consuelo, si no como una chispa de transformación.

Con la luz en sus manos, Alba caminó por Concepción. Visitó los lugares oscuros donde el miedo había echado raíces y encendió lámparas con la llama de la esperanza. Donde antes reinaban los silencios, surgieron voces que exigían justicia. Donde se levantaban muros de indiferencia, manos entrelazadas los derribaron con valentía.

La caja nunca volvió a cerrarse. Permaneció abierta en la plaza, un recordatorio de que los males no deben ser ignorados, si no enfrentados con coraje y verdad. Y así, cada vez que alguien veía una luz encendida en la ciudad, recordaba que la esperanza sigue viva, que la lucha por la igualdad y la dignidad humana es un esfuerzo colectivo que nunca cesa.

En esta nueva Concepción, los habitantes se unieron para educar, prevenir y sanar las heridas de la violencia. La violencia de género no encontró lugar. La igualdad, la justicia y el respeto florecieron,

iluminados por cada lámpara encendida por Alba y quienes la siguieron.

Concepción se convirtió en un faro de esperanza, mostrando que, cuando una comunidad se compromete con la verdad y la solidaridad, la luz puede transformar incluso los rincones más oscuros.

"La caja de las palabras"

Laura Zárate, Estudiante Psicología

Había una niña que, cada vez que sentía miedo o tristeza, guardaba sus palabras en una cajita dorada.

La cajita estaba tan llena que casi no podía cerrarse. Un día, caminando por el parque, encontró a otras niñas con cajitas de colores, eran de tantos colores, que uniéndolas se hacía un gran arcoíris, también llenas de palabras que nunca decían.

“¿Qué pasaría si las soltamos?” preguntó una de ellas. Así que, con un poco de valentía, todas abrieron sus cajitas y, entre risas, dejaron que las palabras volaran. Desde ese momento, cada una supo que no estaba sola y que, juntas, podían decir lo que quisieran y ser felices, sin tener que guardar sus palabras nunca más.

"La unión hace la fuerza"

Constanza Neira, Estudiante de Pedagogía Media en Lenguaje y Comunicación

Observaba cómo la sangre emanaba de su cuerpo, ¿acaso merecía esto?...

“Recuerdo cuando todo comenzó, me sentía como en una nube, que irónico cómo acabó siendo mi mayor tormento. Dos salidas inocentes, la magia de la primavera hizo lo suyo, me hizo creer que él también me quería y quizás, en un futuro, algo más allá.

Caí rendida, me dejé querer. Pero él solo buscaba a alguien que ocupara el puesto de la soledad en ese momento. Me dí cuenta tarde, yo ya estaba embobada. Mientras tanto, él ya tenía quién tapara su vacío, ya estaba asegurado con alguien comiendo de su mano.

Vi las señales, me las dijeron, hice oídos sordos, creí que no querían verme feliz. Cuánta razón tuvieron.”

–Vamos a denunciar. – Le tendí mi mano, ella la miró con cierto recelo, quizás no esperaba que justamente yo fuera la persona que la auxiliara.

“Ya es demasiado tarde para mí, a ti aún te queda vida.”

–¿Vida?

Y desperté, había caído inconsciente junto a la animita de aquella muchacha que desapareció sin razón. Quizás un ángel me quiso ayudar...

"Ciclos que no vuelven"

Alejandra Llanos, Secretaria Académica Centro de Estudiantes, Facultad de Educación

Camila observaba a sus tres hijas jugar en el jardín mientras anotaba ideas para su próximo ensayo. El sol de primavera se filtraba entre los árboles, iluminando su patio y su corazón. A sus 44 años, la paz era una conquista reciente, fruto de años de lucha interna. Aun así, el pasado seguía vivo en su memoria, como las cicatrices que nunca desaparecen del todo.

Cuando tenía 19 años, había creído que el amor era sacrificio. Diego la envolvió con promesas que, poco a poco, se convirtieron en insultos, golpes y control absoluto. Durante seis años soportó una violencia que la hizo abandonar sus estudios y la convenció de que sus sueños no valían nada. “¿Para qué estudiar si nunca serás buena?”, le repetía hasta que las palabras fueron más dolorosas que los puños.

Salir de esa oscuridad le costó todo el coraje que tenía, pero un día, gracias a una amiga, conoció a Martín. Él no la presionó ni le exigió olvidar; solo le ofreció compañía y esperanza. Fue Martín quien la animó a inscribirse de nuevo en la universidad, quien la llevó de la mano cuando el miedo a fallar amenazaba con detenerla. Ahora, estudiando Pedagogía, recuperaba los sueños que Diego había intentado arrancarle.

“El amor nunca duele”, les decía Camila a sus hijas, con voz firme pero llena de ternura. “Si alguna vez alguien intenta hacerles daño, pueden decírmelo. No tienen que soportar nada solas.” Sabía que esas conversaciones eran vitales; así se rompían los ciclos antes de que comenzaran.

Cada día era una victoria: no solo había dejado atrás la violencia, sino que había evitado que su sombra cayera sobre sus hijas. Al mirarlas, veía el futuro que ella misma había recuperado.

Las niñas corrieron hacia ella, interrumpiendo su escritura con risas y abrazos.

—Mamá, ven a jugar —dijo Martina, mientras Emilia la jalaba del brazo.

Camila cerró su cuaderno y sonrió.

—Ahora sí tengo tiempo —respondió, con la serenidad de quien al fin se ha reencontrado consigo misma.

"Las Palabras Que Construyen"

Oskar Pardo, Estudiante Instituto Tecnológico

Daniela caminaba por el parque, con la mirada fija en el suelo. Las palabras de su madre resonaban en su mente: "La violencia siempre esconde un miedo, una inseguridad. La verdadera fuerza está en el amor y el respeto".

Hacia poco que había comenzado a asistir a un taller de escritura para mujeres. Era una iniciativa de la universidad, un espacio donde se fomentaba la expresión libre y la reflexión sobre temas de género. Al principio, Daniela dudaba, pero la invitación de su profesora, quien compartía su historia de superación, la animó a participar.

En el taller, cada semana, las mujeres compartían relatos, poemas, reflexiones. Algunos eran crudos, otros esperanzadores. Pero todos tenían algo en común: un anhelo de cambio, de construir un mundo donde las palabras fueran constructivas, no destructivas.

La primera vez que Daniela leyó su texto, temblaba. Habló de su madre, de cómo había vivido años de violencia, y de cómo, al final, encontró la fuerza para salir. "El silencio no protege, solo perpetúa", concluyó su relato. El aplauso que recibió no fue por la escritura, sino por su valentía.

Ese día, conoció a Lucía, una compañera del taller. Lucía tenía una mirada desafiante, pero detrás se podía ver el dolor. Con el tiempo, se hicieron cercanas. Compartieron historias, risas y lágrimas. Lucía le confesó que su pareja la controlaba, la aislaba del mundo. Daniela le ofreció su mano, su oído, su apoyo.

"Necesitas hablar, Lucía. No estás sola", le dijo Daniela una tarde. Y así, Lucía comenzó a abrirse, a compartir lo que había guardado dentro por tanto tiempo.

La escritura se convirtió en su refugio. En cada sesión, Lucía encontraba palabras para describir lo indescriptible. El taller no solo era un espacio de creación literaria, sino de sanación. Las mujeres se convertían en guardianas de historias, en creadoras de un nuevo lenguaje donde la violencia no tenía cabida.

Un día, Lucía tomó una decisión. Con el apoyo del grupo, denunció a su agresor. No fue fácil, el proceso fue largo y doloroso, pero no estaba sola. Daniela la acompañó a cada audiencia, cada sesión con la psicóloga. El grupo de mujeres se convirtió en una red de apoyo inquebrantable.

Finalmente, Lucía se liberó. No solo de la violencia física, sino de la emocional, de la dependencia. Y en su primera exposición de arte, donde las palabras de su relato se transformaban en imágenes, escribió: “La violencia es la ausencia de amor. Construimos con amor, con palabras que sanan y fortalecen”.

Daniela miró a Lucía, sus ojos brillaban de orgullo y esperanza. Sabía que el camino no terminaba ahí, que la lucha por una sociedad libre de violencia de género seguía. Pero también sabía que cada relato compartido, cada palabra escrita, era un ladrillo en la construcción de ese futuro.

Y así, en ese parque, Daniela levantó la vista. El sol brillaba, y en su mente, las palabras de su madre se transformaban en una promesa: “Construimos con amor, con palabras que sanan y fortalecen”.

"Mi pequeña adulta"

Ignacio Contreras, Alumni

Hoy era un día como cualquier otro, solo pensé que nunca llegaría, o bueno, no tan pronto como lo esperaba, hasta que vi a mi pequeña salir por la puerta principal. Esta vez, sin su uniforme del colegio, se dirigía hacia lo que sería su nuevo futuro en estos años. Pero ¿cómo le digo que me preocupa? Que, a pesar de apoyarla, ¿cómo sé que no le pasará algo de camino o que algún hombre malo querrá hacerle daño? “Cuidate, mi amor, y llega temprano”, le dije antes de que cerrara la reja, despreocupada, quizá sin saber que era la última vez que la vería así, antes de verla con su uniforme de enfermera, antes de decirle lo mucho que la amo.

"No fue mi culpa"

Gabriela Fernández, Estudiante Instituto Tecnológico

Estando en la sala de clases de mi universidad aprendí lo que es la disociación. En sus baños, conocí el vacío. Estando en el casino, comprendí que es la repulsión y en sus jardines, observé a las flores ser pisoteadas, heridas y arrancadas por gente sin piedad.

Esa fue mi realidad hace unos meses.

No sé en qué punto permití que todo esto pasara. En qué momento me callé, quizás por miedo o por vergüenza, deje que mi mundo se enlodara de lo sucio de las personas.

Decía querer ser mi amigo. Pero siempre fue un monstruo disfrazado de ángel.

Su primer acercamiento fue un simple comentario el día que celebramos el aniversario de la universidad. —No te hagas la difícil, diviértete, la U es para divertirse.

Siguió con un leve cariño en mi rodilla el día que teníamos certamen, supuestamente para calmarme, ya que yo estaba muy nerviosa. Pero todo se tornó gris cuando en medio de una clase corrí al baño y no me percaté de que me seguía. Me empujó a la pared sin darme chance de reaccionar. Sus asquerosas manos me tocaron haciendo odiar mi cuerpo y su boca me robó la sonrisa dejándome vacía por dentro... Ese instante cambió mi vida.

Le contó a toda la clase lo fácil que fui según él. Y mis compañeros no decían nada; incluso su grupo de amigos se burlaba de mí con gestos obscenos cuando estábamos en el casino y en más de alguna ocasión en el jardín de la U invadían mi espacio con sus perversiones.

Las clases ya no tenían sentido para mí. Solo asistía para no perder mis ramos por inasistencia. Prefería estudiar en casa. Me alejé de todos por temor a que fueran a hacerme daño. Él robó mi confianza y mi luz.

Un día una compañera me habló para ofrecer su ayuda en un ramo que estaba peligrando, tuve miedo y ella lo notó. Sí, sabía que era mujer al igual que yo, pero en este punto no confiaba en nadie.

—Tranquila, solo quiero ayudar. Sé lo que pasaste y te entiendo; yo viví algo parecido. No podía creer que, así como yo fui abusada, había muchas más sufriendo lo mismo.

—Si necesitas ayuda, yo te puedo guiar. Tranquila, tarde o temprano volverás a brillar, si yo logré salir adelante, tú igual podrás.

—La universidad tiene protocolos para casos así; solo debes hablar y créeme, te apoyarán en todo.

Tomé su mano con mucho temor, pero ese pequeño acto de bondad me devolvió un poco de luz.

En la vida ocurren cosas malas y no entiendes el por qué, pero hoy puedo decir que salí adelante. Sigo en la carrera que amo y todo gracias a una persona valiente.

Cuento mi historia para llegar a todas las personas que están siendo violentadas y sienten que no hay salida, pero si la hay. Habla, porque siempre habrá alguien dispuesto a escuchar y ayudar. No estás sola.

"Raíces de Coraje"

Raúl Escobar, Académico Instituto Tecnológico

Desde pequeña, Emilia aprendió a ser invisible. En una familia numerosa, los días se le escapaban entre juegos solitarios y el zumbido de conversaciones ajenas. A la escuela iba sola, regresaba sola y, al final del año, era ella quien recogía sus calificaciones. No recordaba haber visto a ninguno de sus padres preguntar por sus logros o fracasos; parecían ajenos a sus avances, como si ella fuese solo una sombra en la casa.

Con el tiempo, Emilia creció. Ya adolescente, comenzó a notar el olor agrio del alcohol que impregnaba el aliento de su padre y el silencio cansado de su madre. La economía de la casa dependía de hilos tan delgados como la paciencia de su madre, que se desgastaba entre amenazas y fiestas para los vecinos, en las que su padre parecía encontrar la validación que nunca buscaba en casa.

Al terminar la educación básica, sin el respaldo de nadie, decidió hacerse camino por sí misma. Trabajó encerando pisos y, más adelante, aprovechó su habilidad con las matemáticas para dar clases particulares, con el propósito de aportar en algo al hogar. Con esfuerzo y perseverancia, logró matricularse en la universidad. Nadie le preguntó si era lo que deseaba, pero ella siguió adelante, titulándose y encontrando un trabajo que le permitió sostenerse, aunque no para dejar el hogar. Sentía que su madre la necesitaba, y esa sensación la anclaba allí, enfrentándose sola a las noches en que su padre, cegado por el alcohol, rompía la calma con sus gritos, amenazas y golpes.

Pero Emilia no se callaba, cada insulto y cada amenaza que él arrojaba, ella lo enfrentaba. En más de una ocasión interrumpió un golpe destinado a su madre, soportando en su propia piel el odio que él guardaba bajo esa fachada de buen vecino. Al final, sus esfuerzos lograron proteger a su madre, pero las heridas internas nunca se desvanecieron.

Años después, cuando logró formar su propia familia, cada cicatriz le recordaba su fortaleza, y el amor que les daba a sus hijos era el refugio que ella jamás tuvo. Su esposo, que la admiraba, la miraba a veces en silencio, notando en su sonrisa un destello de esa amargura que había aprendido a disimular tan bien.

Una tarde, mientras veía a sus hijos jugar, Emilia sintió que la historia le dejaba una marca profunda. Sabía que aún la rodeaban sombras que, silenciosas, se aferraban a sus raíces. Con un suspiro y una lágrima solitaria, se prometió que esas sombras no alcanzarían a sus hijos, pero en su mirada quedó reflejado el peso de una vida que, a pesar de las heridas, ella había transformado en amor y valentía.

"Rastros de lágrimas"

Martina Stuardo, Estudiante Educación Parvularia.

Mi nombre es Florencia, y hoy te narraré la historia.

Mi vida solía ser alegre; Tenía muchos amigos y disfrutaba de hacer distintas actividades. Sentía que podía alcanzar cualquier sueño e, incluso, que podía tocar las estrellas. Me consideraba una adolescente llena de vida. Pero de un momento a otro, toda esa felicidad y todos esos sueños se desvanecen.

Todo empezó con pequeñas cosas: llamadas insistentes a todas horas, preguntas constantes sobre dónde estaba y con quién. "Es porque me quiere", me repetía para tranquilizarme, para no verle el lado negativo. Poco a poco, sin darme cuenta, fui cambiando mis hábitos y renunciando a los lugares y personas que en su momento tanto amaba, solo para evitar sus celos y su ira. Me decía a mí misma que era normal, que el amor era así de intenso, que debía entenderlo. Me engañaba diciéndome que no.

Comencé a ocultar las marcas del dolor tras una máscara de maquillaje. Mis sonrisas eran ahora forzadas, pero yo me aferraba a la idea de que él cambiaría, de que las peleas y los gritos se transformarían en algo hermoso, como en las historias de amor que solía leer en los libros de romance.

Una noche, mientras me miraba al espejo, millas de lágrimas comenzaron a recorrer mi rostro. Vi en mi reflejo a alguien que ya no lograba reconocer. La fuerza y alegría que una vez me caracterizaron habían desaparecido, y en su lugar quedaba una versión rota y asustada de mí misma. Recordé quién era antes de caer en manos del lobo del cuento de Caperucita Roja, un lobo que no llevaba dientes afilados ni garras, si no palabras suaves y promesas vacías.

“Debí haber denunciado cuando aún podía hacerlo”, pensé en un susurro, ahogada por el arrepentimiento. Pero estaba enamorada, o al menos eso me decía. ¿Qué más podía hacer? Empecé a romantizar tus abusos, a justificar tus palabras hirientes, tus golpes, tus manipulaciones. Me convencí de que todo era mi culpa, de que yo te provocaba, de que, si me esforzaba más, tal vez todo sería diferente.

Vivía en una cárcel invisible, prisionera de mi propio miedo y de la esperanza de un cambio que nunca llegaría. Me había perdido por completo, y cuando al fin me di cuenta, ya era demasiado tarde.

Recuerdo haber visto mi cuerpo tirado en el suelo mientras te llevaban esposado y los paramédicos trataban de reanimarme. Pero ya era demasiado tarde; mi cuerpo ya no responde. Lo único que pensaba en ese momento era: ¿Por qué no terminé con esto antes?

Ahora veo mi cuerpo desde lejos, mientras mi alma se aleja.



Escribir para recordar



"La maleta"

Saralys Serrano Soto, Coordinadora Área de Informática, Facultad de Educación

La maleta era pequeña, vieja y con una rueda rota.

Cuando salí de mi país, le metí lo justo: una muda de ropa, un par de zapatos y una foto familiar. Pensé que el resto quedaría atrás.

Con los días, la maleta empezó a llenarse sola.

Miradas de desconfianza, palabras groseras, burlas por mi acento.

Ojos que miran sin permiso, manos que rozan sin razón, palabras que pesan.

Y esas miradas que me recorren solo por ser una mujer negra,
como si mi piel fuera algo exótico, como si mi cuerpo no me perteneciera.

También guardé una caricia sincera, una mano amiga,
un techo compartido y una sonrisa que me hizo sentir en casa.

A veces pesaba tanto que dolían mis hombros.

Quise vaciarla, pero lo que contenía me recordaba quién era.

No solo lo malo: también mi fortaleza.

Un día, otra chica me preguntó:

¿Cómo se sobrevive lejos de casa, cuando el peligro viaja con una?

Abrí la maleta.

Saqué paciencia, coraje, amor propio, dolor vuelto fuerza.

Le di un poco de cada cosa.

Desde entonces, la maleta pesa menos,

y aunque sigue rota, brilla por dentro
con la esperanza de un día vivir sin miedo.



SEGUNDO LUGAR

"Las Flores de mi jardín"

Catalina Roa Vilches, Estudiante de Educación Parvularia

¡Las flores de mi jardín son hermosas!, preciosas y delicadas, están bien cuidadas y todas tienen un color distinto. Mi mamá dice que son muy fuertes porque han resistido heladas y ventiscas feroces, y aun así se mantienen en pie para alzarse cuando sale el sol en las mañanas. Pero cuando quiero jugar con ellas, mi mamá me dice que no las toque ni las arranque, porque a ellas les duele y las lastima mucho.

—Eso las pone muy tristes y, como no hablan, no te pueden decir que no lo hagas —me indica mamá.

—Pero mamá, ¿cómo sabes que se ponen tristes si no lloran o hablan? —pregunté.

—¿Acaso no será una flor marchita lo mismo que ver a una persona triste? —responde.

Ahora trato a mis flores con delicadeza, no las arranco y las toco suavemente, les canto y les digo lo hermosas que son con gentileza; cuando quiero darle una a mi mamá, les pido permiso al sacarlas. Mamá las pone en su jarrón con agua donde les pueda llegar la luz. Ahora, desde que las cuido y las respeto, han crecido mucho y mi jardín nunca ha estado más bonito.



"Volar"

Andrea Otárola Castillo, Educadora de Párvulos, Estudiante Magíster en Ciencias de la Educación

Lú es un ave muy hábil, le gusta volar a ras de los ríos, le gusta desafiar a los peces que intentan atraparla logrando esquivarlos. Otras aves le dicen que debe cuidarse de los depredadores que viven en los ríos, pero Lú está segura de sus capacidades y logra anteponerse a la adversidad. Cuando Lú era un bebé tuvo que cuidar de sus hermanos ya que su madre falleció y esto le ayudó a valerse en la vida y resolver todo lo que se le presenta. Una vez un ave rapaz le dijo que no tenía agallas para cazar su comida, ya que por ser hembra su cuerpo es pequeño y plumas cortas, que los machos eran cazadores. Pero se acordó una vez que su madre le dijo “no debes dudar de lo hermosa que eres, de lo que puedes lograr en la vida y si alguien le dice que por ser un ave hembra no podrás cazar, abre tus alas, vuela alto y enfócate en tu objetivo, que las hembras nacemos con un poder mágico y que nuestra fuerza viene desde el interior”. Lú vuela feliz por los aires recordando los consejos de su madre.



TERCER LUGAR

"Y es que no soy él"

Daniela Soto Arena, Estudiante de Pedagogía en Educación Diferencial

Y es que no soy el hombre fuerte, simplemente porque me quiebro al ver una flor marchita, y es que no soy el hombre que ríe ante una desdichada que solo cayó ante mi labia por mi fachada, porque sé lo que es estar desesperada, y es que no soy el hombre que resalta por ser... hombre, el cual divaga en el horizonte sin preocupaciones pensando en cómo obtener su goce solo por ser hombre, porque yo ni siquiera puedo pensar de tantos golpes, y es que no soy él, porque lo que llevo dentro de mi sucio cabello, mis ojos ojerosos, mi cuerpo cansado y mi alma en pena, es el desgarrar de no ser él, porque todos saben que así se acabaría mi condena... de ser mujer, en un mundo donde la fortuna es ser hombre y yo solo estar a su merced. Y no necesito más palabras, porque llegará él, y entonces solo debo callar y obedecer, porque -repito- no soy él, soy "solo" una mujer.



MENCIÓN ESPECIAL

"Invisible"

Denisse Fritz González, Auxiliar de servicio, Facultad de Educación

Recuerdo haber llegado al hospital, mi bebé estaba por nacer y mi esposo no apareció, la verdad no me sorprendió. Cuando le conté que estaba embarazada su reacción fue golpearme, no era la primera vez que lo hacía. Ese día me gritó ¿no te basta con los 10 hijos que tenemos y ahora tendrás otro? Luego me dejó con la cara llena de sangre y tirada en el piso inconsciente. Tuve 11 hijos porque él nunca respetó mi cuerpo, decía que para eso estaba, para complacerlo cuando quisiera. La verdad, mi matrimonio no fue como lo soñé. Desde el primer mes de casados me golpeaba, llegaba casi todos los días borracho y con el tiempo me acostumbré, ya ni siquiera lloraba. Hasta que el día después de haber tenido a mi hijo en ese hospital, decidí que las cosas cambiarían por mis hijos, pero no resultaron como lo pensé. Así pasaron los años, hasta que un día mi esposo murió. En el momento de sepultarlo todos los recuerdos que pasé con él volvieron y lloré, no por su muerte, lloré porque nunca supe lo que era sentirme amada y porque al fin esta historia se cerraba para siempre.

"Amorotado"

Isidora Olivares Sepúlveda, Estudiante Pedagogía en Educación General Básica

¿Por qué sigo con esto? Miro al techo y lo único que siento es dolor, especialmente en mis brazos, recuerdo el apretón de sus manos en mis muñecas, están un poco rojas, pero nada muy fuera de lo normal. Pero mientras más subes por mis brazos más amorotados están.

Me quiero ir, alejarme de él, pero no quiero hacerlo enojar. Lo amo. Pero mi seguridad con él se marchita.

Entrando al liceo veo su silueta, me preparo para nuestro fin, donde ya no sufro, donde la vida y el corazón ya no duelen. Se acerca con su sonrisa encantadora, pero sus ojos llenos de crueldad, que antes solía amar ya no me dan seguridad.

Actúo normal gran parte del día, no me acerco mucho al él, pero mi compañera Olivia se acerca a mí. Ella ya sabía lo que en mi vida ocurría. No pregunta, ella sabe lo que me pasa. Solo me mira con tristeza.

Nos juntamos en la plaza como es costumbre al sonar la campana. Le digo que esto ya no puede seguir. Se vuelve la bestia que conocí. En la plaza mi cuerpo quedé y mis brazos amorotados no eran lo único que se encontró.

"El amor a los 7"

Ricardo González Méndez, Académico Facultad de Educación

Con voz tenue pero firme me dice: ¿sabes? Ya sé lo que se siente cuando hay mariposas en la guata. Por un momento, pero a velocidad de rayo, recordé cuando la recibí en mis brazos, recién nacida, con sus labios enrojecidos y sus ojos tan abiertos; traté de poner cara de no saber qué me decía, más bien cara de no querer saber. Tal vez, con 7 años me mostró que tiene vuelo propio, como sus mariposas enguatadas. La vida me regala momentos, imágenes y recuerdos intensos con ella, como éste, los que atesoro y cuido como alas de mariposa. Luego me dice: Él es muy lindo... y sus ojos brillan con la misma intensidad de su primera mirada y con una sonrisa inigualable. Percibo que mi corazón late más pausado que el de ella, pero con su misma intensidad. Luego agrega: ¿Sabes? Nos sentamos juntos en clases y es buenísimo en ajedrez...lo presume, mientras mueve las manos como desenrollando una madeja invisible, como el reloj imaginario que aceleró el tiempo desde que te tuve en mis brazos por primera vez y que ha vuelto a saltar y la deja hoy en 11.

"El Jardín Marchito de los Diferentes"

Francisco Manríquez, Estudiante Pedagogía en Educación General Básica

Si estás leyendo esto... Bienvenido. Siéntate y descubramos la historia de alguien que conocí en un lugar sombrío y oscuro. Todo comienza en una dimensión peor que el infierno, donde la perfección era la única ley y todo lo diferente era destruido. Allí nació Valentín Morthazar, un chico callado y refinado, criado bajo un régimen que ocultaba la realidad. Desde pequeño hacía cosas "de chicas", y por ello su familia lo sometió a normas rígidas; creció sin saber si era hombre o mujer, reprimido, confundido y vigilado. Aun así, logró convencer a sus padres de asistir a la escuela. Quería vivir, conocer gente, entender lo que era tener amigos. En plena adolescencia descubrió sensaciones nuevas: libertad, alegría... incluso felicidad. Pero también apareció algo que lo inquietó. Se enamoró de un amigo. "A mí me gustan las mujeres", repetía, intentando convencerse. Incluso tuvo una novia perfecta a los ojos de sus padres, pero esa otra sensación nunca desapareció. Una noche, en su casa, estuvo a solas con aquel amigo. Justo cuando sus emociones iban a desbordarse, la puerta se abrió. Su padre lo observaba con furia. Hubo golpes, sangre... y silencio. Valentín murió sin aliento, y su alma fue engañada por un ser que prometía todo lo que nunca tuvo. Así nació Seiren, dos mentes en un solo cuerpo, marcado para siempre por su pecado: la lujuria. Por ello es representado en el Narak, el reino donde los que no encajan son condenados.

"La bienvenida"

Joshua Yaikin Almagia, Docente Departamento de Didáctica, Facultad de Educación

Cuando le dio la bienvenida no se preguntó quién era ¿Qué sentido tenía? Solo sabía que necesitaba esa presencia. Le dio la bienvenida abriendo sus brazos y su mente, rodeando sus pensamientos y sintiendo cada una de sus emociones. Entonces se sintió reconfortado, no existía la soledad. Después de pasar un milenio en la fría oscuridad del espacio, la calidez que emanaba de esa persona hizo que recobrara su humanidad. Todavía se acordaba cuando había partido. Las palabras frías y duras que había pronunciado “el espacio no es para ti, no tienes lo que se requiere, eres débil, debes quedarte y dejar que nos ocupemos de esto mujer”. Había visto como se despedía con ojos llorosos y se había marchado orgulloso de su propio ánimo. Ahora volvía, devastado, sin saber el significado de su misión, inseguro del futuro, preocupado del presente. Y entonces la vio, la reconoció, se sintió volviendo a ese día de la partida. Pero ella siguió con su bienvenida, aceptando la incertidumbre, abriendo su corazón. Y vio la fuerza, la compasión, la comprensión. Vio el espacio vacío que había creído dejar y que la mujer había mantenido completo con su amor. Vio la verdadera fortaleza.

"La ventana"

Carolina Aparicio Molina, Académica Facultad de Educación

He escuchado promesas de amor eterno, llantos por no haber logrado exitosamente un certamen, he escuchado también de otros planes que no puedo explicar acá. Recuerdo con particular dolor el día que le dijo que la amaba más cuando no usaba ropa tan ajustada, que la miraban otros, escuché. Quería no escuchar, quería pensar en otra cosa, pero ahí estaba yo, con el calor del verano y la ventana abierta, con ganas de pararme y gritar que eso era amor tóxico. De alguna manera que no supe bien como pasó me paré, me asomé a la ventana y vi que ella se acercaba para decirle "No quiero un amor condicionado, quiero un amor que me acepte y anime a ser yo misma" Desde ese día no cierro nunca más la ventana.

"La vida de la profe Mechita"

Daniela Marín Egaña, Licenciada en Filosofía, Estudiante Programa de Formación Pedagógica, Estudiante Magíster en Lingüística Aplicada

Lucía repetía en su mente: "25 de noviembre... algo pasa ese día". El pensamiento le insistía mientras tomaba su bicicleta rumbo a la universidad. A dos cuadras, vio a la profe Mechita caminando hacia su cátedra. Pero hoy era diferente: no venía enojada ni triste. Venía oliendo unas flores, sonriéndole al día como si nunca hubiera visto un sol tan resplandeciente.

Intrigada, Lucía se acercó.

—¿Cómo está, profe?

Por primera vez en mucho tiempo, la profesora respondió con una calma luminosa:

—Estoy viva, Lucía. Después de treinta años, al fin puedo decir que estoy viva.

La vio alejarse sin entender nada.

Ya en clases, Lucía contó lo ocurrido. Sus compañeros la miraron sorprendidos.

—¿No lo sabes? —dijeron—. Hoy fue el juicio. Después de treinta años, por fin hicieron justicia. Condenaron a cadena perpetua al hombre que mató a la hija de la profe Mechita.

Lucía quedó inmóvil. Ahora comprendía por qué ese día resonaba tanto.

El 25 de noviembre no era solo una fecha: era el día en que la vida le devolvió a la profe Mechita la esperanza. Era el día en que, después de tanta oscuridad, esa mujer pudo volver a decir: "Estoy viva".

"Julieta y la flor que encontró su voz"

Gerald Fernández Muñoz, Educador de Párvulos, Estudiante Magíster en Ciencias de la Educación

En un prado lleno de colores vivía Julieta, una niña curiosa que adoraba explorar la naturaleza y conversar con los árboles. Cada mañana saludaba a las mariposas, y ellas respondían moviendo sus alas como pequeños abanicos brillantes. Un día, Julieta encontró una flor diferente. Era una rosa violeta con destellos suaves y estaba cerrada, como si guardara un secreto que pesaba en su interior. Julieta se inclinó con ternura y le dijo, con una voz cálida: —Si necesitas decir algo, yo te escucho. Estoy aquí contigo. La flor tembló suavemente. Entonces, con una voz pequeñita y llena de sentimientos, respondió: —A veces me siento triste... y me asusta no saber qué hacer con lo que siento. No sabía a quién contárselo.

Julieta tomó la flor entre sus manos con cuidado y le dijo: — Cuando algo te preocupa, compartirlo ayuda. Las palabras hacen que el corazón respire y se sienta más liviano. La flor se abrió de inmediato y dejó escapar un resplandor cálido que iluminó el prado entero. Pronto, otras flores comenzaron a brotar, cada una con emociones que querían expresar. Los animales se reunieron y Julieta les recordó: — Cuidarnos, escucharnos y pedir ayuda hace que todos podamos sentirnos seguros.

"pecado"

Ignacio Ceballos Barrera, Estudiante Pedagogía Media en Inglés

Las estrellas siempre resplandecen en la oscura noche, y mi madre no era la excepción.

Siempre la veía con una cara confundida cuando ella me escondía de la oscuridad; según ella, yo brillaba de la misma manera como la veía yo.

Un monstruo, el cual no llegaba a ver casi nunca, siempre aparecía en las noches. El gritaba y sonidos de platos quebrándose se escuchaban desde el primer piso.

Era un miedo recurrente salir de mi habitación, solo caminaba en escaleras y pasillos infinitos y sombríos.

Una noche, después de los estruendos, decidí salir a la oscuridad, vi a la bestia cara a cara y decidí empujarlo con toda mi minúscula fuerza. El rodó y estos días de oscuridad llegaron a su fin.

Vi su cuerpo fallecer, pero no sentí ningún arrepentimiento.

A pesar de querer seguir viendo esa luz que tanto brillaba, ella se iba apagando poco a poco. Porque al final del día, soy igual de pecador que ese monstruo, no pude resolver nada sin usar la violencia.

"Las orquídeas que nunca veré"

Xiomara Villa Urra, Estudiante Tecnología Médica

Desde que te conocí, pensé que estaba con el amor de mi vida. Todas mis amigas me decían que eras alguien ideal para mí; me sentí afortunada. Pero, al paso del tiempo comprendí que solo era una ilusión; la persona de la cual me había enamorado no se encontraba más conmigo. Puede que esté equivocada, pero ¿por qué tus caricias, que anhelo de ti, dejan marcas en mi piel? ¿por qué tus palabras de amor siempre llegan después de que el daño esté hecho? Tu amor me duele; tu amor siento que me apaga.

Con cada cachetada que me das, recibo un beso tuyo para que olvide lo ocurrido, para que me siga sintiendo "amada" por ti. Siempre pensé que tus traumas de infancia eran la razón, que sanarías por mí, pero ya no puedo sostener esa mentira.

Tú sabes que siempre te pedí flores. Anhelaba que aparecieras con un ramo de orquídeas y me lo dieras por amor. Pero, contigo, recibiré mis orquídeas, cuando yo muera por tus golpes. Orquídeas bañadas en sangre que no quiero recibir. Hoy denuncio, porque no seré una más de las orquídeas marchitas que no pudieron florecer.



Escribir para conmemorar

"Broche de la nueva estirpe"

Valentina Cerna Torres, Estudiante Educación de Párvulos

Una noche me quedé dormida con la esperanza de que el universo sería diferente al despertar. Imaginé que el miedo sembrado en las calles desaparecería. Que mi voz y mi voluntad tendrían un peso distinto. Pero cuando abrí los ojos, el mundo seguía siendo el mismo. Me levanté. Tenía quince años y me sentía miserable.

Caminé hasta el viejo armario de mi abuela. Ella ya no estaba ahí, pero su ausencia llenaba la habitación. Busqué algo que me hiciera sentir menos desnuda, algo que me hiciera sentir más viva. Entre las sábanas blancas del fondo, encontré un broche de plata envejecida.

La recordé usándolo. Para ella era un ancla que la mantenía sujeta a un rol que nunca eligió. Una vez me dijo: "Me lo heredó mi madre cuando comencé mi propia familia años atrás..." me lo dijo con pesar, nostalgia, pero había algo más que no pude descifrar, si estuviera aquí y le hubiera preguntado ¿Me habría contestado?

Ahora entendía. Ese objeto no era una joya preciosa; era un cerrojo. Representaba el guion que se vio obligada a interpretar, las palabras que se tragó para no incomodar y los pies que solo podían moverse dentro de los límites de la casa bajo la sombra de mi abuelo.

Era un silencio heredado que ahora se instalaba en mi propia garganta. Me pregunté si mi madre se había negado a usarlo. Si lo hubiera tenido ella, ¿me lo habría entregado a mí como una sentencia?

Lo apreté en mi puño hasta que el metal lastimó mi piel. Junto al dolor, sentí un flujo sanguíneo recorriendo mi cuerpo, un impulso hambriento. El mundo no había cambiado al despertar, y el de mi abuela jamás cambiaría; ella murió así, prisionera y callada. Pero el universo no iba a transformarse solo por mis deseos.

"El momento perfecto"

Pia M. Vidal, Académica Facultad de Medicina

El silbido agudo causado por el vapor vibrando en la boquilla de la tetera, acompañado del sonido de la vieja máquina de coser Singer y las risas de niños jugando alrededor acompañan cada día la rutina de trabajo de Isabel. Hoy no es un día cualquiera, su esposo baja de la mina, e Isabel está ya preparando en su mente todos los detalles para la ansiada llegada, que cada 15 días se produce de su esposo. Le tiene una sorpresa, el latido de una nueva vida en su interior que sabe revolucionará completamente su hogar y sus vidas. Su padre, quien vive en casa desde el nacimiento de su quinto hijo, prepara el último pancito con mantequilla para la colación de sus nietos. Mientras en la cuna, el más pequeño de los niños duerme tranquilamente.

- Adiós mamá! - gritan los pequeños eufóricos, antes de formar una fila, al más puro estilo de jardín infantil. Y ella les da un fuerte beso y abrazo, acompañado de la bendición diaria antes de que partan de la mano de su abuelo con rumbo a la vieja escuelita del frente.

Suena el timbre, es Petronila, su más fiel clienta. Viene por su última prueba, un pedido revolucionario para la década de los 60's en nuestro país, un pantalón al más puro estilo Europeo. Es que a pesar de nunca haber visto uno, Isabel ha diseñado un traje dos piezas que nada tiene que envidiarle a los diseños de Coco Chanel.

Así transcurre la mañana. Toda la familia se encuentra reunida junto a la mesa, disfrutando de unas ricas pancutras con huevo. Es el momento perfecto para que Isabel pueda presentar al nuevo integrante que viene en camino a su familia.

"Alas de libertad: Reescribiendo mi propia historia"

Nicole Pinilla Carrasco, Académica Facultad de Medicina

Este 8 de marzo no solo conmemoro la historia de la mujer, sino también mi propia historia. Vengo de un pueblo pequeño donde el arraigo machista era inminente y el destino de una mujer parecía estar escrito con tinta indeleble: ser madre adolescente, perpetuar la pobreza y cortar las alas antes de intentar volar era inevitable. A pesar que en casa muchas veces faltó el pan, nunca faltó la visión de mi madre, quien me enseñó que la única llave para abrir una puerta distinta era estudiar.

Y así lo hice. A los 13 años dejé mi hogar para entrar a un internado. Rodeada de niñas con historias incluso más complejas que la mía, entendí que el dolor puede transformarse en motor. Fui dirigente estudiantil exigiendo dignidad, aprendiendo tempranamente que alzar la voz transforma realidades. Y así llegué a la universidad en un desafío de fe; subsistir trabajando mientras estudiaba no fue fácil, pero mi vocación social me sostuvo, llevándome a ser reconocida como alumna integral.

Sin embargo, el mundo laboral me enfrentó a una gran brecha: la maternidad. En dos ocasiones, el sistema me cerró las puertas tras mi fuero maternal, recordándome que para la sociedad, criar y crecer profesionalmente siguen siendo incompatibles. Pero la resiliencia se trata de convertir el "no" en un nuevo camino. Hoy, soy candidata a doctora y hablo desde la academia para visibilizar que el rol de la mujer va mucho más allá de la procreación. Somos inteligencia, aporte y fuerza transformadora.

Confirmando que sí se puede, pero también expongo que no debería ser tan difícil. La educación fue mi llave de libertad, pero romper círculos de vulnerabilidad, no debería ser una excepción heroica, sino un derecho garantizado.

¡Por más mujeres rompiendo esquemas!



**EDICIONES
UCSC**